



Del autor, la escritura y la voz.

Federico Vida

Recibido: Diciembre 2012 – Aceptado: Marzo 2013

Ps. Prof. Docente de la Facultad de Psicología (U.N.R.).
Director de la Revista (dixit). Letras, psicoanálisis, arte. Ha publicado en los libros de Juan Ritvo y Ricardo Bianchi, entre otros, y escrito en Revistas como Nadja y Éxodo, entre otras.

✉: federicovida@gmail.com

¿Quién habla en la escritura? Es la pregunta que se hace Barthes a partir de un párrafo de *Sarrasine*, de Balzac: (...) ¿Quién está hablando así? ¿El héroe de la novela, interesado en ignorar al castrado que se esconde bajo la mujer? ¿El individuo Balzac, al que la experiencia personal ha provisto de una filosofía sobre la mujer? ¿El autor Balzac, *haciendo* profesión de ciertas ideas «literarias» sobre la feminidad? ¿La sabiduría universal? ¿La psicología romántica? (...). La respuesta que nos ofrece Barthes es que (...) Nunca jamás será posible averiguarlo, por la sencilla razón de que la escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen. (...).

Barthes anuncia a estas pérdidas de la voz y del origen, inherentes a la escritura, como la “muerte del autor”, y a lo que apunta con ello es a separar la escritura de la vida, la biografía, de la escritura de la obra, superpuestas en la crítica literaria prebarthesiana.

Para el crítico francés la superposición de dichas escrituras es una producción ideológica de la estructura capitalista: la producción del autor como “individuo” o “persona humana”, en éste caso “la persona del escritor”. Barthes cita como contracara de ésta producción, y como alternativa, el relato en las sociedades etnográficas pues en ellas (...), el relato jamás ha estado a cargo de una persona, sino de un mediador, chamán o recitador, del que se puede, en rigor, admirar la «performance» (es decir, el dominio del código narrativo), pero nunca el «genio». (...)

Retornando al relato etnográfico Barthes extrae dos conclusiones, la primera que el que actúa, “performa”, es el lenguaje, “no la persona”, la segunda, que el lugar donde se unen la multiplicidad de sentidos ya no es el autor, sino el lector, cuyo nacimiento es anunciado así por el crítico galo.

De este modo Barthes se desplaza de su pregunta original: la voz (el origen) y la escritura (o, lo que es lo mismo, el problema del autor y del escritor), hacia el problema del lenguaje y del lector. Con este desplazamiento Barthes se propone *destruir* al autor al tiempo que edificar al lector, para lo cual recurre a la lingüística estructural: (...), la lingüística acaba de proporcionar a la destrucción del Autor un instrumento analítico precioso, al mostrar que la enunciación en su totalidad es un proceso vacío que funciona a la perfección sin que sea necesario rellenarlo con las personas de sus interlocutores: (...). La definición de la enunciación como lugar vacío es algo que sin embargo no equivale a la muerte del autor, pues no destruye ése lugar, sino que lo vacía, y lo vacía justamente de la persona del escritor —si entendemos por “persona” una consistencia causada por la biografía, pero finalizando este artículo volveré sobre aquel término para darle otro semblante—.

1631

Desde el vacío de la enunciación Barthes podría haber avanzado hacia una diferenciación entre el Autor como un lugar vacío de biografía respecto del escritor como relleno biográfico, diferenciación que redoblará su el acto inicial: separar la escritura de la vida, de la literatura; pero sin embargo, ni bien hubo abierto el vacío entre autor y escritor, el crítico francés volvió a suturarlo afirmando que (...): lingüísticamente, el autor nunca es nada más que el que escribe, del mismo modo que *yo* no es otra cosa sino el que dice *yo*: el lenguaje conoce un «sujeto», no una «persona», y ese sujeto, vacío excepto en la propia enunciación, que es la que lo define, es suficiente para conseguir que el lenguaje se «mantenga en pie», es decir, para llegar a agotarlo por completo.

(...).

Es decir, en un mismo párrafo, luego de vaciar al autor, Barthes vuelve a llenarlo al identificarlo a la persona del escritor, y pasa a señalar que el lugar vacío es el del *sujeto* el cual, aclara, no es ninguna *persona*. Ese sujeto (...), vacío excepto en la propia enunciación, (...) no llega a ser definido nunca por Barthes como autor o como sujeto-escritor, ya que su conclusión es que el que performa, a fin de cuentas, es el lenguaje, con lo cual el sujeto queda despojado de acto.

Este movimiento que vacila entre el vaciado y relleno, entre la apertura y el cierre, es el problema de la *inscripción* de dicho sujeto en una estructura del lenguaje que no lo incluye como dato positivo. Pero señalemos que el sujeto que deja afuera la lingüística es el *subyectum*, sujeto subyacente o sustancial, lo cual, lejos de ser un obstáculo para recuperar de modo inédito al sujeto tal como lo hizo el psicoanálisis, fue condición de posibilidad de dicha recuperación, pues es a partir del vacío de sustancia que el psicoanálisis puede plantear al sujeto como *falta*. Falta que sin embargo no es equivalente al vacío, en tanto que el psicoanálisis localiza a la *falta* (*faute*) en su ligazón con la culpa (*faute*) abriendo así a la pregunta por *el sujeto responsable de la enunciación*, pregunta que en modo alguno se realiza el estructuralismo.

De haber seguido Barthes con la vía que abrió —de haber situado al autor como sujeto en el vacío, y por la vía de la diferencia entre sujeto y persona, haber diferenciado así al autor de la persona del escritor— podría haber continuado su indagación primera sobre los diferentes registros de la voz y la escritura, abordándolos respectivamente desde el autor y el escritor —claro que esto, con las herramientas de la lingüística estructural sólo hubiese conducido a una oposición binaria “sujeto-persona”, o “autor-escritor” que establecería una proporción inexistente entre el vacío y su inscripción lo cual no es exacto. La solución de Barthes a los binarismos es el recurso a *lo neutro*, donde localiza al lector, pero sostenerse en lo neutro inhibe el movimiento de decisión que podría interrumpir el par autor-escritor, que queda de ése modo aún dispuesto binariamente — para plantear una interrupción entre el autor y la persona, es necesario plantear al sujeto responsable del acto por medio del acto, tal como a seguir lo ensayaré, a partir del psicoanálisis—.

En la búsqueda de la voz Barthes se dirige a la etnografía, pero esta referencia, lejos de llevarlo a hacer del autor un vacío en el cual esa voz pudiera reverberar, lo lleva a anunciar su muerte. Y es que Barthes aborda al vacío de la enunciación desde el performativo, la cual lo lleva a rellenar aquel vacío del autor con el *yo* del escritor: “el autor no es nunca más que el escribe del mismo modo que el *yo* no es otro que el *yo* que dice *yo*”. Recordemos que Barthes se propone argumentar que el relato literario no

está causado por la biografía, y para ello, luego de servirse del vacío de la enunciación, recurre al performativo, en tanto en él el yo del enunciado y el de la enunciación serían uno y el mismo: el yo que jura y el yo que dice que jura, dado que la enunciación se refiere al acto de enunciar.

La solución que encuentra Barthes es sustituir al Autor por el del Lector —que escribo con mayúscula por razones que a seguir expondré—, en tanto éste se presenta como vacío de biografía y psicología. Pero esto, una vez más, deja el problema del origen y de la escritura fuera de escena. Salvo que consideremos al Lector como escritor, pero ¿qué impediría entonces que retorne en éste escritor la figura del Autor? (o peor: ¿qué clase de escritor sería quien no pudiera responder como autor de su escritura?).

Para precisar una respuesta a ésta cuestión propuse revisar la utilización de Barthes del performativo para situar el vacío de la enunciación, y hacerlo desde una referencia que permita situar dicho vacío en el marco del interés primero de Barthes: la escritura y la voz.

Y esto porque el performativo, si bien remite al yo del enunciado, y al yo de la enunciación, no remite sin embargo al sujeto de la enunciación, en tanto que *sujeto responsable de la enunciación* tal como lo define Lacan, y esto porque el acto de enunciar va más allá de la *intención* de quién lo realiza, hasta los efectos de dicha enunciación del cual puedo ser sujeto en tanto puedo responder por dichos efectos —efectos que definen al mismo acto más allá de su intencionalidad; pues, por ejemplo, puedo jurar pero no sabré que significa mi juramento sino por sus consecuencias—.

Esta definición del acto a partir de la respuesta que sus efectos demandan está situada en la dimensión del inconciente, siendo el *lapsus* el ejemplo por excelencia de éste decir más allá de la intención que interpela al sujeto. Sujeto que no es el yo del enunciado ni el yo de la enunciación sino el *intervalo* que se produce entre ambos en el momento de la interrupción del primero por el segundo. A diferencia de la enunciación, que puede ser escrita y así tomar el relevo del enunciado, el sujeto de la enunciación no es lo que de ésta podría inscribirse, sino la *huella* —o “memoria”— de una interrupción.

Se trata de una *marca* de autor que no es reductible a la escritura del yo (yo del enunciado o de la enunciación), de un *trazo* de autor o, para tomar una expresión más condensada, su *estilo* —dado que “estilo” es el utensilio con el cual se hacían las inscripciones en las tablas arcilla—. Como en la arcilla, y aún en la tinta, el trazo es algo que está más allá de la letra, aunque no sin esta, revelándose entonces como una inscripción que trasciende a la escritura, pero a partir de la escritura misma.

Pero, para no postular una metafísica del trazo es necesario situarlo, y es en esa empresa que arribamos, desde el psicoanálisis, al interés inicial de Barthes: localizar la voz del texto. Y esto porque el psicoanálisis sitúa al trazo como la inscripción de la pérdida de la voz, precisamente como la huella (mnémica) de esa pérdida (la memoria de lo perdido). La inscripción del trazo, del estilo del autor, es la inscripción simbólica de un imposible de inscribir: la voz, se trata de lo que en lo simbólico se inscribe como un real imposible de escribir. En ése sentido cabe diferenciar la huella del autor en la escritura, de la escritura propiamente dicha, la cual corre a cuenta del escritor. Pero también cabe entonces ahora indagar la relación que habría entre el escritor y el autor. Pues, si bien Barthes acusa a la ideología capitalista de crear un Autor como la persona del escritor, condesciende a la identificación de ambos al recurrir al performativo, pues

cuando lo hace no sólo vacía al autor, sino que también desplaza con él al escritor y coloca en su lugar al lector.

Con éste desplazamiento hacia el Lector, queda por fuera el problema del origen, problema que ya Barthes situó en la voz al comienzo de su artículo, y que, he localizado en el párrafo anterior en una inscripción más allá de la escritura, inscripción de una pérdida, la del origen. Ahora bien, no es lo mismo plantear un origen vacío, que plantear la inscripción de un *vacío de origen*, y es esto último lo que Barthes no realiza, por lo cual retorna en su discurso la figura de un escritor sin pérdida —es decir, un escritor sin autoría—: el Lector. Es por no poder inscribir la huella de la autoría, es decir la huella de una pérdida que Barthes plantea en lugar del Autor un Lector definido como “el espacio en el que se inscriben sin que se pierda ni una todas las citas sin pérdida”. ¿Qué escritor sería un lector así definido?, ¿un escritor sin autoría?, ¿un *Commentator* moderno, al margen del lenguaje, como lo postulaba la retórica antigua? —retórica que, Barthes lo ha señalado (y criticado), se erige sobre el supuesto de la exterioridad del sujeto respecto del lenguaje—, la comparación se impone dado que “sin biografía ni psicología”, como plantea Barthes al Lector, sólo podría estar quién no fuese afectado por el lenguaje, y también porque, la función del *commentator* es “introducirse en el texto para hacerlo inteligible” —estas referencias son un “Barthes contra Barthes”, para acentuar el carácter metalingüístico otorgado por aquel al Lector—.

Esto no se podría lograr de otro modo que negando el carácter de sujeto *al* lenguaje del lector, y de hecho no es algo imposible, incluso diría más, es algo obligatorio según los requisitos metalingüísticos de la ciencia: lograr un saber sin sujeto, en éste caso mediante una escritura sin sujeto que responda por ella, que pudiera reducirse al comentario de la obra, el catálogo, la compilación, etc.; sabemos que para nada es esta la posición de Barthes como lector, quién en tanto *crítico* es un lector que deja su trazo que desgarrar la unicidad de la Obra, la huella de autor que el lector deja en su escritura, su *estilo*.

Pero ocurre que el problema de la autoría no es un problema menor pues, como lo ha situado Barthes se trata de localizar un vacío en la estructura de la enunciación: el vacío del sujeto que no tiene lugar en la estructura, sino como algo que se cuenta por faltar. El riesgo es el de incluir al sujeto como un dato positivo, y hacer así una ontología del lenguaje, lo cual es algo que el mismo excluye por estructurarse opositiva y diacríticamente como opuesto a todo ser-en-sí.

Es decir, el lector puede, como en el caso del mismo Barthes, devenir autor por la escritura de su crítica, entendiendo por “autor” lo que en párrafos anteriores he situado siguiendo a Barthes, y rectificando su referencia a la pragmática mediante la referencia a la huella en Lacan, huella de la pérdida de la voz, la huella de un vacío de saber en el Otro que es una falta de origen. Ahora bien, queda por situar al escritor respecto de éste vacío de autor, pues en Barthes había desaparecido junto con el vacío para ser desplazado, de un modo no explícito, hacia el Lector —omisión de un desplazamiento que señala, porque lo omite, su retorno—. Para hacerlo cabe señalar que no hay modo de situar un vacío (y situarse un sujeto en dicho vacío) sino mediante un acto, acto que es el que justamente inscribe ése vacío, y que no puede sino ser realizado por el escritor en el momento en el que adviene sujeto de su escritura, es decir en el momento en el que él mismo deviene autor.

Es en el acto de su escritura cuando el escritor señala una falta de origen, una falta de autor, que debe entenderse como una falta *en* el autor, una escritura por la cual el autor no puede responder, y por la cual el escritor responde i.e. que sólo cabe escribir lo no escrito por Otro (lo cual quiere decir que sólo cabe escribir a partir de pasar por el Otro)!. Cabe señalar aquí el equívoco del término "falta" en francés usado por Lacan *faute*, que significa también "culpa". Una culpa, por la que el Otro no puede responder, por lo cual la carga a la cuenta del lector, carga que lo angustia al punto de precipitarlo en un trabajo (trabajo de escritura en éste caso) que le permita tomar lo que de esa culpa le haga falta, es decir aquello que de esa culpa responda a su deseo. Esta respuesta es un acto de inscripción de un vacío (el vacío de autor, en este caso), que exhorta al lector a inscribir la huella de ése vacío, huella de la autoría que el escritor porta como un semblante.

Tal es la posición del escritor: semblante de un Autor que no existe, marcar la voz del texto en el estilo, estilo que es máscara; y en éste término quisiera detenerme, pues "máscara" es una de las acepciones etimológicas de "persona", acepción que puede dar otro semblante a éste último término. La etimología de "persona" alude a la máscara del teatro griego que se utilizaba para hacer resonar la voz. Tomo esta referencia para localizar a la persona del escritor en otro registro que el de la individualidad, mentado por Barthes, pues la "persona" del escritor es la máscara que proyecta una voz del autor más allá del texto —se trata de entender a la persona como *semblante* de ser, tal como lo planteó Lacan, o *apariencia-de-ser*, como en homología lo planteó Blanchot, para situar al sujeto, el primero, y al lenguaje, el segundo. Prefiero citar la exquisita pluma de Blanchot en ésta oportunidad: (...) el lenguaje está indeciso entre el ser que él expresa al hacerlo desaparecer y la apariencia de ser que él unifica en sí mismo para que la invisibilidad de sentido adquiera ahí imagen y movilidad habladora. (...). Sólo cabe acentuar que, si no hay una ontología del lenguaje, sino una apariencia de ser, hay del sujeto que aparenta ser por su acto.

El escritor porta la máscara del autor, sembla un vacío en la estructura, y de ese modo se ubica como sujeto del acto entre el vacío y el exceso, entre el autor y el escritor, respectivamente. De su acto resulta la inscripción de una falta de sujeto-autor, inscripción por la cual el escritor se ubica como el significante de esa falta, y en tanto tal como su lugarteniente.

Luego de esto ya no diríamos que el que actúa es el lenguaje, sino que hay un sujeto responsable del acto: el escritor que responde sembla la autoría en su nombre.

Bibliografía:

- (1) Barthes, Roland. (1994). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Cap. *La muerte del autor*. Barcelona, Buenos Aires, México, Paidós.
- (2) Barthes, Roland (2009) *La aventura semiológica*. Buenos Aires, Paidós.
- (3) Blanchot, Maurice (2005). *El libro por venir. ¡Hacia donde va la literatura!*. Madrid, Editorial Trotta.
- (4) Lacan, Jacques (2002). Ciencia y verdad. *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- (5) Lacan, Jacques (Inédito). Seminario de 1961-62. Versión de la Escuela Freudiana de Bs. As..
- (6) Lacan, Jacques (1987) El Seminario, Libro XI. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.